

**RESTREPO, Eduardo**

(2004). "Esencialismo étnico y movilización política: tensiones en las relaciones entre saber y poder". En: Olivier BARBARY y Fernando URREA (eds.). *Gente negra en Colombia. Dinámicas sociopolíticas en Cali y el Pacífico*. Medellín, Centro de Investigaciones y Documentación Socioeconómicas de la Universidad del Valle / CIDSE / L'Institute de Recherche pour le Développement (antes ORSTOM) / IRD / COLCIENCIAS. pp. 227-244.

## **ESENCIALISMO ÉTNICO Y MOVILIZACIÓN POLÍTICA: TENSIONES EN LAS RELACIONES ENTRE SABER Y PODER\***

---

*Eduardo RESTREPO\*\**

Dos tendencias, a primera vista contradictorias e irreconciliables, sobre cómo entender la etnicidad parecen haberse consolidado en las últimas décadas en el mundo en general (Dirks, Eley y Ortner 1994: 23-24; Wade 1999: 267). De un lado, particularmente en las academias del “Norte”, han devenido dominantes disímiles enfoques que confluyen en argumentar la etnicidad como una contingente construcción histórica. De otro lado, a veces asociada a los movimientos sociales y organizaciones étnicas en el “Sur”, la etnicidad es esgrimida como una característica esencial que diferencia a determinadas poblaciones y que, en consecuencia, perfila y legitima su específica intervención política en las esferas locales, nacionales y transnacionales en aras de demandar una serie de derechos económicos y culturales derivados de su condición étnica.

Desde la perspectiva de los movimientos y organizaciones étnicas, algunos activistas y académicos se han preguntado si no es cuando menos sospechoso (por no decir, abiertamente reaccionario) que precisamente ahora que los grupos subalternizados se organizan en torno a aspectos como la etnicidad, ciertos académicos desde sus “torres de marfil” aparecen conceptualizándola como una contingente construcción que constituye un “capital político” instrumentalizado para posicionar ciertos sectores e intereses. Más aún, ¿acaso indicar la historicidad, incompletud, multiplicidad e inconsistencias de las narrativas y prácticas de la etnicidad e identidad étnica no es precisamente una forma de socavar y desempoderar<sup>1</sup> los movimientos sociales y organizaciones étnicas? Por su parte, desde

---

\* Agradezco a Olivier Barbary, Odile Hoffmann, Pedro Quintín y Fernando Urrea por sus rigurosos comentarios a los borradores de este texto. Sus comentarios me indicaron debilidades argumentativas y de redacción haciendo de este artículo una versión más sólida en comparación con los primeros borradores. Obviamente, los problemas que aún se conservan son de mi entera responsabilidad.

\*\* Departamento de Antropología, Universidad de Carolina del Norte. E-mail: restrepo@email.unc.edu.

1. En el texto he decidido recurrir a neologismos, anglicismos y galicismos en ciertos conceptos claves. Nociones como gubernamentalidad, empoderamiento o agentividad son algunos ejemplos,

ciertas perspectivas académicas, algunos se han preguntado por la “correspondencia” entre las narrativas de la etnicidad esgrimida por las organizaciones y la “realidad social” de las poblaciones a las que esas narrativas se refieren. ¿Cómo explicar la aparición de estas narrativas y de sus inconsistencias con respecto a dicha “realidad social”? En resumen, si desde una perspectiva se cuestiona la “verdad” de ciertos académicos en nombre de los efectos socavantes de sus análisis en los movimientos y organizaciones étnicas, desde la otra se cuestiona la “verdad” de determinadas narrativas étnicas esgrimidas por los movimientos y organizaciones en nombre de su consistencia con la “realidad social” de las poblaciones.

Este artículo examina críticamente dichas posiciones. Por un lado, argumento que cuestionar las posiciones esencialistas de la etnicidad no significa *necesariamente* el desempoderamiento del movimiento y organizaciones étnicas. En este sentido, como ha sido planteado para la teoría feminista (Butler 1990, 1995) o para las de clase (Laclau y Mouffe —[1985] 2001—; Laclau, 1985), se hace relevante un encuadre de las políticas de la etnicidad sin recurrir a un sujeto étnico ontológicamente fundado y preconstituido garante de una comunidad trascendental. Del otro lado, esgrimo que, a pesar de sus diferencias, tanto académicos como activistas tienden a suponer las relaciones entre “conocimiento experto”<sup>2</sup> y política desde una exterioridad instrumental; la cual imposibilita teorizar los densos entramados co-constitutivos del conocimiento experto y los ejercicios de poder.

Aunque mi discusión es principalmente teórica, hago reiterativas referencias a la etnicidad de comunidad negra en Colombia para ilustrar mis argumentos. No obstante, este artículo no pretende exponer explícita ni exhaustivamente las diferentes posiciones que académicos y activistas han asumido en torno a la etnicidad de comunidad negra en Colombia. Dada la proliferación de posibles definiciones, en la primera sección se clarifica el sentido de constructivismo para los estudios de la etnicidad. Así se presenta una conceptualización más precisa sobre cómo identificar un enfoque esencialista puesto que la especificidad de los

---

que han sido utilizados también por otros autores para mantener ciertas connotaciones que no permiten las palabras del “correcto” castellano.

2. Entiendo por “conocimiento experto” aquel conjunto de enunciados producidos desde la autoridad de la academia sobre la descripción, prescripción, explicación o interpretación del mundo; ya sea “tal cual es” (en el sentido supuesto por las diferentes tradiciones epistemológicas realistas y positivistas) o “como constituido” mediante la “experiencia” (fenomenología), de los juegos de lenguaje (filosofía analítica), de la historia (gnoseología marxista), o de lo discursivo (post-estructuralismo). Aunque es erróneo darle un estatuto epistemológico privilegiado sobre otras modalidades de conocimiento, sí es importante reconocer su lugar crucial en las tecnologías políticas de normalización, individuación y creciente gubernamentalización de la vida de los seres humanos (Foucault, 1992, 1990).

andamiajes constructivistas se encuentran en la problematización de dichos enfoques. En el segundo aparte se examinan cómo el conocimiento producido por los académicos es considerado, desde la perspectiva de los activistas y académicos, socavante o empoderador de los grupos subalternizados y de sus organizaciones en las disputas de las políticas de la etnicidad. Estas concepciones de las relaciones entre conocimiento experto y política suponen una exterioridad instrumental, que se cuestiona en el siguiente aparte, recurriendo a las discusiones adelantadas por teóricos de los estudios subalternos para terminar con unas anotaciones sobre los anudamientos más profundos indicados por el trabajo de Michel Foucault. En las conclusiones se retoma el planteamiento de la pertinencia conceptual y política, en lo que concierne a la etnicidad de la comunidad negra en Colombia, de desatar lo que, siguiendo a Butler (1990), puede ser denominado un “silogismo político de la etnicidad” desprendido de un sujeto étnico predeterminado.

## **1. El constructivismo en los estudios de la etnicidad**

Durante la década del ochenta y primera mitad de los años noventa, asociadas con las contribuciones de Said (1978) sobre orientalismo como régimen de verdad, de Anderson ([1983] 1991) sobre la nación como comunidad imaginada y de Hobsbawm (1983), sobre la invención de tradición, las discusiones teóricas sobre la etnicidad se enfocaron en argumentar posiciones abiertamente anti-esencialistas (Briones, 1998; Mato, 1996). Por ello, en ciertas locaciones académicas como la antropología estadounidense o los estudios culturales anglosajones, es ya un lugar común argumentar que la etnicidad/etnia (o lo racial/raza), antes que una esencia compartida o la expresión de características primordiales de un grupo determinado, es histórica y culturalmente producida en relaciones de poder específicas (Alonso, 1994; Norval, 1996: 59). Sin embargo, estas discusiones anti-esencialistas sobre la etnicidad pueden fácilmente remontarse una década atrás. Para Vermeulen y Govers (1997), por ejemplo, estos debates sobre la etnicidad pueden organizarse a partir de dos rupturas. La primera ruptura estaría asociada principalmente al nombre de Fredrik Barth (1969), quien cuestiona los enfoques “primordialistas”. Al contrario de los enfoques que analizaban la etnicidad como la primordial expresión de los aspectos culturales compartidos de una sociedad o grupo determinado producidos en su aislamiento, Barth argumentaba que la etnicidad y la identidad étnica debían ser entendidas más como el resultado de las relaciones e interacciones entre diferentes grupos. Como “formalismo” (Briones, 1998), “situacionalismo” (Vermeulen y Govers, 1997) o “transaccionismo” (Yeros, 1999) ha sido identificado el trabajo de Barth. To-

dos, sin embargo, reconocen su seminal contribución a la crítica de las posiciones primordialistas que hasta entonces imperaban en la teoría social de la etnicidad.

En mucho alimentado por la contribución de Barth, se puede identificar otra tendencia que se viene consolidando desde los setenta que puede ser denominada como “instrumentalismo”. Por instrumentalismo se pueden entender aquellos disímiles enfoques que conceptualizan la etnicidad como la expresión de una estrategia, como una suerte de “recurso” o “capital simbólico” instrumentalizado en el posicionamiento de unos sectores en relación con otros. Definido de esta manera, en el instrumentalismo cabrían posiciones teóricas tan disímiles como ciertos enfoques del funcionalismo (i.e. Cohen, [1969] 1996), de la teoría de la acción racional (i.e. Banton, 1983) o del marxismo (i.e. Balibar y Wallerstein, [1988] 1991), por mencionar sólo tres de ellas bien diversas. El instrumentalismo continúa signando muchos análisis de la etnicidad. En su más burda acepción, la etnicidad es entendida como manipulación de un grupo (generalmente una reducida elite) sobre otros para lograr específicos beneficios. Por lo tanto, las narrativas de la etnicidad y la identidad étnica no son otra cosa que enmascaramiento o falsa conciencia de dinámicas y relaciones sociales primarias de las cuales emana.

La segunda ruptura señalada por Velmeulen y Grovers (1997:2) estaría constituida por el “giro constructivista”. Para estos autores dicho giro no se definiría por una escuela o un movimiento, sino que indicaría un cambio de énfasis en la teoría de la organización social, hacia el análisis de la construcción social de las identidades étnicas así como de los significados, discursos e ideologías de la etnicidad. De acuerdo con Yeros (1999) y Comaroff (1996), sin embargo, la especificidad del constructivismo radicaría más en su problematización del esencialismo. Mientras que el “instrumentalismo” puede ser o no de corte esencialista, lo que define el constructivismo es precisamente el cuestionamiento al esencialismo.

Aunque generalmente imbricadas, existen dos grandes formas de entender el esencialismo y, en consecuencia, de definir la especificidad de un enfoque constructivista. De un lado, estaría una que superpone esencialismo con posiciones ontológicas y, del otro, la que lo identifica con posiciones reduccionistas. Desde una perspectiva ontológica, la etnicidad sería inmanente a la condición humana, ya sea como manifestación en grupos determinados de su “ser” biológico (como lo argumentan los enfoques socio biológicos de autores como Van der Berghe) o de su “ser” cultural (como lo sostienen corrientes como la escuela Soviética o los análisis primordialistas en los cuales Clifford Geertz ocupa un lugar destacado). Un ser-esencial-compartido condicionante de una serie de rasgos característicos —somáticos, culturales, lingüísticos e históricos—, consti-

tuiría la etnicidad y la conciencia de la identidad étnica. Es importante indicar que esta forma de entender la etnicidad *no* es incompatible con los análisis históricos cuando, desde supuestos propios del “presentismo” o “finalismo” histórico<sup>3</sup>, asumen ese ser-esencial-compartido como el profundo demiurgo del particular desenvolvimiento histórico de una población hacia su realización en la conciencia de su etnicidad. De otro lado, como esencialismo, siguiendo a Stuart Hall (1996a) y Lawrence Grossberg (1997), se pueden identificar aquellas orientaciones teóricas que suponen una *necesaria correspondencia* entre dos o más aspectos o planos de la vida social. Esto es suponer, por ejemplo, que una determinada locación económica o social (como la clase) se corresponde necesariamente con un orden de representaciones (conciencia de clase o identidad de clase). Si existiese un vínculo necesario entre dos aspectos o planos del orden social, desde uno de ellos se puede deducir lógica o históricamente el otro. Definido de esta manera, el esencialismo supondría una implicación definicional entre las diferentes posiciones del agente. Para las conceptualizaciones de la etnicidad, las posiciones reduccionistas son aquéllas que argumentan que las diferencias en las prácticas culturales son expresiones de una especificidad del grupo social que las antecede y son garantes de la identidad étnica.

Una posición constructivista cuestionaría estas dos formas esencialistas de entender la etnicidad. Antes que suponer un ser-esencial-compartido, una lectura constructivista historiza, eventualiza y desnaturaliza este supuesto a través del análisis, no sólo de las narrativas y prácticas de la etnicidad esgrimidas por quienes se representan como miembros del “grupo étnico”, sino también las de los académicos, funcionarios estatales, de Ong, etc., como mediadores en la consolidación/disputa de las mismas. Renunciando a un irreductible y primario “ser” biológico o cultural como “explicación” de la existencia de los grupos e identidades étnicas, el constructivismo se pregunta por los específicos y localizados procesos discursivos y no discursivos de la producción de la diferencia étnica. La diferencia étnica no aparece como un fenómeno natural inmanente a la condición (biológica o cultural) humana, sino históricamente localizado y que ha sido producido por un arduo proceso de mediaciones y confrontaciones en el

---

3. Como “presentismo histórico” se entienden aquellos estudios que de forma anacrónica proyectan en el “pasado” categorías de análisis específicas de las condiciones históricas y sociales del presente que no son pertinentes para entender relaciones o prácticas del pasado. Por ejemplo, nociones como “raza” o “etnia” se las deshistoriza y deseventualiza, considerándolas immanentes a la condición humana usando dichas nociones por fuera de los contextos históricos del sistema moderno/colonial en el cual emergen (c.f. Quijano, 2000). Como “finalismo histórico” se conciben las modalidades de análisis histórico que suponen una teleología focal. Esto es, el historiador asume que lo sucedido en tiempos y sociedades pasadas puede ser leído como el embrionario desenvolvimiento de una institución, relación, práctica o representación que solo en el presente ha podido aparecer claramente.

espacio social. Así, la etnicidad o etnia en singular no existen. Lo que han existido son etnicidades en plural, con puntos de emergencia, sentidos, dispersiones y trayectorias específicas, siendo las etnias un efecto de superficie de las mismas. Igualmente, una posición constructivista sería anti-esencialista en el sentido que cuestiona la *necesaria* correspondencia entre aspectos o planos de la vida social. Así, por ejemplo, como lo argumentan Laclau y Mouffe (op. cit.), no existe una necesaria ni directa correspondencia entre las posiciones de clase ocupadas, las identidades sociales y las articulaciones políticas. Las relaciones establecidas entre dos o más aspectos o planos de lo social son el resultado de específicas articulaciones que no emanan directamente de un trascendental sujeto soberano o de una esencia determinada, sino que son contingentes e históricamente producidas y localizadas. Por lo que Hall plantea: “La gente no está irrevocable e indeleblemente inscrita con ideas que ellos *deberían* pensar; la política que ellos *deberían* tener no está impresa ya, como si existieran, en sus genes sociales” (1985:96; énfasis en el original). Esta perspectiva no-esencialista de las posiciones constructivistas de la etnicidad lleva a preguntarse por las modalidades e historicidades, desde las cuales específicas etnicidades han sido configuradas posibilitando ciertas articulaciones entre aspectos y planos de la vida social y política en un momento determinado.

El constructivismo, entendido en este doble sentido, contempla en su seno múltiples y, acaso aún, contradictorios enfoques. Así, por ejemplo, como constructivistas pueden ser referidos análisis tan diversos como los de Stuart Hall ([1989] 1996c, [1986] 1996d, [1992] 1996e) y Paul Gilroy (2000) desde los estudios culturales; el de John Comaroff (1996) desde la etnografía histórica marxista; los de Homi Bhabha (1994), Deborah Poole (1997) y Ann Stoler (1995) desde los estudios post-coloniales; o el de Banks (1996) desde el análisis de discurso<sup>4</sup>.

## 2. Perturbando esencialismos étnicos: ¿la postmoderna prosa de la contrainsurgencia?

Desde los activistas han sido indicadas las preocupaciones con respecto a la relación entre conocimiento experto y sus efectos en los movimientos y organizaciones étnicas. Como se ha dicho en la introducción de este artículo, dichas críticas no son circunscritas a los enfoques constructivistas de la etnicidad. Sin embargo, en él me centraré sobre aquellas preocupaciones asociadas a los efec-

4. Para una diferenciación detallada de las diferentes tendencias dentro del constructivismo en los estudios de la etnicidad, véase Restrepo (2002).

tos de las posiciones constructivistas en el movimiento étnico de comunidad negra en Colombia. Una anécdota ayudaría a introducir este punto. En noviembre de 1998, cuando pasaba rumbo al Pacífico nariñense, visité la sede del Proceso de Comunidades Negras en Buenaventura. Aunque nos conocíamos de años atrás con muchos de los activistas del Pcn, esta visita fue particularmente tensa. Los compañeros se mostraban preocupados con las investigaciones sobre su movimiento debido a las implicaciones políticas de las mismas. En particular, habían tenido recientemente la experiencia de que el director del Instituto de Investigaciones del Pacífico (Iiap) había llegado a una reunión cuestionando la representatividad de unas organizaciones usando como soporte un artículo publicado en una revista de estudios políticos de Bogotá. En aquel momento, este hecho constituía el detonante de las relaciones entre investigación/política y académicos/activistas. El cómo y el para qué de la investigación, no sólo en aspectos sociales sino también biológicos, ha estado siempre en la agenda de las organizaciones, siendo un objeto de discusión y, en algunos casos, de roce o abierta confrontación con instituciones o investigadores. En múltiples ocasiones, estas preguntas han sido esgrimidas porque la investigación se asocia a una modalidad de saqueo y explotación basada en relaciones verticales y de dominación, sobre la cual las poblaciones locales y sus organizaciones no encuentran un beneficio concreto. Pero lo que en esta ocasión se colocaba sobre la mesa eran los efectos políticos de la investigación en el socavamiento del movimiento y organizaciones étnicas. Dos fueron los puntos resaltados por los activistas al respecto. Uno era el de la adecuación misma de las interpretaciones de los investigadores con respecto a la realidad social y política que dicen describir. Esto es, si alguien “desde afuera” y “desde arriba” podía adecuadamente interpretar las situaciones y experiencias de las comunidades negras. El segundo era la pertinencia de plantearse cierto tipo de preguntas de investigación en determinados momentos que visibilizaban y enfatizaban sus debilidades y contradicciones, mas no sus fortalezas y coherencias. En el fondo, a los ojos de los activistas, lo que estaba en juego era el compromiso de los académicos con el proyecto político encarnado en las organizaciones que ellos representaban.

Ahora bien, no todos los académicos pueden ser criticados por su falta de compromiso con el proyecto político encarnado en las organizaciones étnicas de comunidad negra. Por el contrario, es en nombre de este proyecto como algunos académicos han llamado la atención sobre los efectos políticos de desempoderamiento de los movimientos y organizaciones étnicos desprendidos del análisis constructivista de la etnicidad. Así, en una reciente tesis doctoral en geografía en la Universidad de Glasgow, Ulrich Oslender señala los riesgos que pueden acarrear las posiciones que “deconstruyen” la etnicidad de comunidad negra en Colombia ya que se pueden “[...] socavar el trabajo y la efectividad de ciertos



*grupos subordinados que se han movilizado en torno a una particular categoría construida [...]*” (2001: 92). Aunque con otro tipo de preguntas y anclajes conceptuales, autores como Nina de Friedemann (1997) y Jaime Arocha (1999) han confluído en indicar los riesgos políticos de ciertos análisis académicos de corte constructivista que cuestionarían la etnicidad de comunidad negra.

Parece que, en general, las preocupaciones sobre las posiciones constructivistas de la etnicidad apuntarían a problematizar su “veracidad” o su pertinencia política. El cuestionamiento de la “veracidad” de las lecturas constructivistas (o, a veces, despectivamente denominadas “postmodernistas”) es entendida como su no correspondencia con “lo real”. Un ejemplo puede ilustrar este punto. En el caso de la etnicidad de comunidad negra en Colombia, un enfoque constructivista esgrime la tesis que esta etnicidad emerge a mediados de los ochenta en el medio Atrato asociada a las experiencias que constituyen la primera organización étnico-territorial (Asociación Campesina Integral del Atrato, Acia)<sup>5</sup>. Ante esta tesis, la crítica que problematiza su “veracidad” puede recurrir a datos históricos para argumentar que la comunidad negra ha manifestado sociológica y políticamente una etnicidad desde muchísimo antes que lo sucedido en la década de los ochenta en el medio Atrato<sup>6</sup>. Como puede deducirse, en mucho estas discusiones que desargumentan la “verdad” de los enfoques constructivistas con base en “datos” que expresan una “realidad social” se deben a las conceptualizaciones radicalmente diferentes, cuando no inconmensurables, de cómo se entiende precisamente etnicidad, grupo étnico e identidad étnica, entre otros.

El cuestionamiento de la pertinencia política de las posiciones constructivistas, por otro lado, radicaría en que el “desvelamiento” de la historicidad de aspectos sobre los que se edifican las narrativas o prácticas de los movimientos u organizaciones étnicas reforzaría las relaciones de dominación y hegemonía que estos últimos pretenden transformar. Para volver al ejemplo de comunidad negra, esta crítica indicaría que, aunque sea “acertada” una tesis como la que la etnicidad es una construcción que puede ser rastreada en su emergencia, despliegues y dispersión, esta tesis tendría efectos políticos contraproducentes para el movimiento de comunidad negra. De una parte cuestionaría a los ojos de los activistas y de la gente la legitimidad de su proyecto político y, de la otra, ante los funciona-

5. Para un análisis más detallado al respecto véase Khittel (2001), Pardo (2002), Villa (2001), Wade (2002b) y Wouters (2001).

6. Véase, por ejemplo, Maya (1998). Aunque no directamente cuestionando el constructivismo, autores como Hoffmann (2000: 100) presentan una lectura que combina el instrumentalismo con el situacionalismo de Barth para argumentar la existencia de una “proto-comunidad negra” de experiencia histórica y sentimiento de pertenencia debido a la discriminación racial y de exclusión. Esta “proto-comunidad” precede y es condición de la más reciente aparición discursiva de la etnicidad de comunidades negras.

rios del Estado, tesis como ésta constituiría el insumo indispensable para apocar y, acaso, erradicar los logros alcanzados en términos de derechos de la comunidad negra como grupo étnico (Oslender, 2001). En síntesis, las preocupaciones esgrimidas por algunos académicos, sobre los enfoques constructivistas, radicaría en que la “no-veracidad” de los planteamientos que deconstruyen la etnicidad sería un error metodológico o lógico, mientras que su “pertinencia política” sería un desatino ético, cuando no la expresión de una posición neo-conservadora o reaccionaria. Obviamente, quienes cuestionan la veracidad o pertinencia política de los enfoques constructivistas de la etnicidad se imaginan a sí mismos en una posición epistémica y ética privilegiada descrita en ocasiones como “progresista”, “crítica”, “comprometida” o “no positivista”.

A pesar de sus diferencias, tanto aquellos activistas como estos académicos confluyen en considerar que el conocimiento experto (o, más específicamente, los efectos políticos del conocimiento experto) puede ser crucial para el socavamiento o empoderamiento de determinadas posiciones y sectores en una densa filigrana de relaciones de dominación y resistencia. Por lo cual, no deberían ser ajenos al investigador las eventuales implicaciones políticas de su trabajo al reproducir o confrontar unas relaciones de poder determinadas. Ambos, además, consideran como particularmente socavantes o hasta paralizantes las interpretaciones que problematicen aquellas narrativas y prácticas de los movimientos y organizaciones étnicas que constituyen las condiciones mismas de su legitimidad y existencia. Por último, ambos parecen suponer que la autoridad-verdad de las narrativas y prácticas de las organizaciones étnicas radicaría en el origen mismo de los activistas como miembros de la comunidad negra y, sobre todo, en la legitimidad de su proyecto de transformar las condiciones de explotación, dominación e injusticia a las cuales ha sido sometida.

Ante las demandas de aquellos activistas por una investigación comprometida y de estos académicos por la producción de conocimiento en función del empoderamiento de los grupos subalternizados, desde la perspectiva de otros académicos no falta quien argumente que el “conocimiento científico” no es subordinable a los proyectos e intereses políticos de grupos específicos y que si bien la neutralidad y objetividad nunca son alcanzables, constituyen los horizontes metodológicos y éticos que guían la “recolección” de los “datos” sobre los cuales se basan las descripciones e interpretaciones de la “realidad social”. Sin embargo, dada la dinámica organizativa de la comunidad negra y las características de la academia en Colombia<sup>7</sup> este argumento no es públicamente esgrimi-

---

7. Una academia en donde, como en gran parte de América Latina, no se favorecen las posiciones abiertamente positivistas debido al bagaje histórico-conceptual de las discusiones desde los setenta sobre la ética, la política y la función de los académicos.

do, aunque de hecho es asumido o al menos atribuido a ciertos investigadores, proyectos, programas o instituciones.

### **3. Las “políticas de la verdad”: ¿una contrainsurgente prosa de la insurgencia?**

En relación con el compromiso o empoderamiento de los grupos subalternizados he descrito dos posiciones extremas. En la práctica, sin embargo, el grueso de las posiciones tomadas por los académicos y las representaciones que se hacen de sí mismos, así como las que de ellos se hacen, los activistas pertenecen a una más matizada y no pocas veces contradictoria, amalgama de estas dos posiciones extremas. En aras de la exposición, mantendré este contraste extremo para demostrar que incluso si existiera tal dicotomía para ambas el conocimiento experto y lo político se imaginan en una relación de exterioridad.

Como vimos, desde un extremo la “verdad” es ocultada o revelada por un sujeto del conocimiento que en el juego del encubrir o develar produce efectos políticos específicos al empoderar o socavar el movimiento o las organizaciones étnicas. Desde el otro extremo, la “verdad” debe ser descubierta y enunciada por quienes cuentan con los “apropiados” instrumentos conceptuales y metodológicos. Por “verdad” de una descripción, explicación o prescripción entienden ambos la correspondencia de la misma con el “mundo tal cual es”. Así, el empoderamiento o socavamiento de dichos movimientos y organizaciones es entendido como la directa consecuencia de develar u ocultar una correspondencia o no entre el “mundo tal cual es” y las representaciones o narrativas que dichos movimientos y organizaciones tienen de sí, de su proyecto y sujeto político en relación con los otros actores y posiciones. En consecuencia, las relaciones de poder vendrían a imponerse desde afuera y por un sujeto de conocimiento constituido de antemano sobre una “verdad” pre-existente e independientemente del mismo que él sacaría a la luz u ocultaría dependiendo, entre otras cosas, de una intencional agenda. La diferencia entre ambas posiciones radicaría en el contenido de dicha agenda: mientras que para unos sería el conocimiento por el conocimiento mismo como forma última y universal de emancipación humana, para los otros académicos el contenido de esta agenda estaría en función de las prioridades de consolidación del movimiento y organizaciones étnicas en un momento determinado y según una correlación de fuerzas concretas. El conocimiento develado/ocultado operaría, entonces, como argumento-instrumento que modificaría u osificaría las relaciones de poder existentes en un momento dado.

Dicha conceptualización, que está en la base de la crítica de los enfoques constructivistas de la etnicidad, desconoce la complejidad y densidad de las imbricaciones

de las relaciones entre el conocimiento experto y lo político. De este modo, por ejemplo, el “mundo tal cual es” es no sólo un efecto de superficie de la conjugación de las relaciones de saber/poder, sino esencialmente función y condición de la reproducción de las mismas (Mitchell, 2000). No hay un “mundo tal cual es”, un referente primordial, esperando a ser descubierto en su pureza por el ojo desnudo y la mano desinteresada de un sujeto trascendental al margen de la historia<sup>8</sup>. Imaginar dicha posibilidad de describir, explicar o prescribir el “mundo tal cual es” constituye, sin duda, uno de los más contundentes efectos ideológicos de la ilusión naturalista (Hall, 1985: 105)<sup>9</sup>. Como ha sido indicado por Donna Haraway (1988), la ineludible historicidad y posicionalidad de lo que aparece en un momento dado como conocimiento, no significa una apología a un nihilismo epistemológico en el cual el “mundo tal cual es” constituye el resultado del capricho o del delirio del sujeto. Al contrario, tomar seriamente la historicidad y posicionalidad del conocimiento implica comprender los anudamientos de específicos regímenes de verdad en los cuales emergen las condiciones mismas de posibilidad para esgrimir correspondencias o no de determinadas descripciones, explicaciones o prescripciones con un “mundo tal cual es”. En otras palabras, renunciando a un sujeto o referente trascendentales, habría que pensar las urdimbres entre conocimiento experto y política desde una “historia política de la verdad”, esto es, “[...] una historia política del conocimiento, de los hechos y el sujeto del conocimiento” (Foucault, [1976] 1996: 28).

En consecuencia, la instrumentalización política del conocimiento experto es menos mecánica y más profunda de lo que parecen indicar activistas y académi-

---

8. Véase Timothy Mitchell (2000), para una argumentación sobre cómo la separación ontológica entre realidad y representación es constituyente de unas ataduras de relaciones de poder propias de la modernidad.

9. En últimas, la discusión más de fondo acá radica en el estatuto ontológico de la realidad. Stuart Hall (1996b) comparte con otros teóricos contemporáneos el planteamiento que la realidad es discursivamente constituida y que es indispensable entender los dispositivos mediante los cuales se produce esta construcción. Más aún, en oposición a los modelos de análisis social que consideran el discurso como una suerte de pseudo-realidad, de epifenómeno social que no sería sino mera quimera sin ningún efecto de realidad, Hall argumenta cómo el discurso es un hecho social no sólo con efectos tan reales como lo es cualquier otra práctica social, sino el necesario mediador de la realidad de cualquier otra práctica social tan aparentemente alejada de lo discursivo como ha pretendido ser lo económico o la tecnología. Al respecto, vale la pena citar un extenso pero clarificante pasaje de Ernesto Laclau: “Por ‘discurso’ no entiendo lo que se refiere al texto en sentido restringido sino al conjunto de fenómenos de la producción social de sentido que constituye a una sociedad como tal. No se trata, pues, de concebir a lo discursivo como constituyendo un nivel, ni siquiera una dimensión de lo social, sino como siendo coextensivo a lo social en cuanto tal. Esto significa, en primer término, que lo discursivo no constituye una superestructura, ya que es la condición misma de toda práctica social o, más precisamente, que toda práctica social se constituye como tal en tanto es productora de sentido. Es claro, en consecuencia, que lo no discursivo no se opone a lo discursivo como si se tratase de niveles separados, ya que no hay nada específicamente social que se constituya fuera del campo de lo discursivo” (1985: 39).

cos. En efecto, es menos mecánica porque en la imagen del conocimiento-herramienta que se instrumentaliza para liberar u oprimir a los “grupos subalternos” (o a la “humanidad”) se asume que existe una relación directamente proporcional entre conocimiento y agentividad. Así planteado, conocimiento es poder (en el más literal sentido de ser-capaz-de) y el poder produce aquel conocimiento que lo reproduce como tal. Las relaciones entre conocimiento experto y política son más complejas de lo que parecen sugerir estos análisis.

De un lado, al afirmar que el conocimiento experto genera o imposibilita necesaria y directamente una práctica social o política específica se introduce un doble reduccionismo. Un reduccionismo discursivo en el cual el “discurso” es erróneamente considerado como una superestructura o un “estrato” que viene a agregarse a las prácticas sociales obturándolas o apuntalándolas según sea el caso. Esta conceptualización del discurso reproduce una serie de dicotomías cardinales al pensamiento moderno-colonial como son las de realidad/representación, mundo/palabra, materia/idea, cuerpo/mente, etc. (Mignolo, 2001; Mitchell, 2000). Al contrario, como argumentaba Laclau, el discurso no sólo es en sí mismo una práctica social, sino que en cuanto tal cualquier práctica social es discursivamente constituida. Esto no significa, sin embargo, que lo social es únicamente discurso, pero tampoco que lo discursivo es un suplemento de lo social. Este reduccionismo discursivo es erróneo por otra razón: porque no se puede establecer una identidad entre conocimiento experto y discurso. Establecer esta identidad es negar que el conocimiento experto se entrama con una serie de tecnologías<sup>10</sup> que intervienen en la vida cotidiana de los individuos y las poblaciones.

El otro es un reduccionismo epistémico, ya que supone que no sólo es posible conocer (la verdad sobre) el mundo tal cual es, sino que este conocimiento tiene de suyo efectos emancipantes. Este ha sido también uno de los tópicos fundamentales del pensamiento moderno-colonial a través de lo que se ha conocido como la Ilustración (Chatterjee, 1997). Desde esta perspectiva, las relaciones entre conocimiento y política se reducen al develamiento u ocultamiento de la verdad, a las disputas por la verdad sobre el mundo. Las relaciones entre conocimiento y política ameritan entenderse más bien como los “efectos de verdad”<sup>11</sup> que se insertan de disímiles maneras en las concepciones del mundo que incluyen lo que Gramsci denominó “sentido común” y “hegemonía”. Por lo tanto, si bien es cierto que las concepciones sobre el mundo constituyen los resortes

---

10. Entendidas tanto en el sentido restringido, como por ejemplo en la tecnociencia (Escobar, 1999; Latour, 1999), como en el más amplio dado a este concepto por Foucault (1983, 1992).

11. Los cuales son resultantes no de la simple correspondencia de un conocimiento con el “mundo tal cual es”, sino de los “régimenes de verdad” como lo ha indicado Foucault ([1984] 1989, 1992).

desde los cuales los individuos o colectivos intervienen (o no), ellas no se circunscriben al conocimiento experto ni son garantes de una particular modalidad de intervención<sup>12</sup>.

Así, por ejemplo, la deconstrucción teórica de los esencialismos étnicos, raciales o nacionalistas no significa la mágica desaparición de las prácticas, relaciones e imaginarios sociales esencialistas de la etnicidad, raza o nación. Entre otras cosas, porque estas prácticas, relaciones e imaginarios constituyen poderosos precipitados sociales históricamente anclados y anudados de diversas maneras en el sentido común y formaciones ideológicas que no se diluyen simplemente como consecuencia de los análisis de académicos. De esta manera, aunque los académicos “demuestren” una y otra vez que la etnia, la raza o la nación son arbitrarias (en el sentido de no inmanentes a la “naturaleza humana”) construcciones históricas, eso no implica que se diluyan en tanto *hechos sociales* que las constituyen *como si* fueran esenciales, troquelando de esa manera la experiencia y mirada de las gentes. Ya que, como argumentaba Stuart Hall, “*es muy tentador caer en la trampa de asumir que porque el esencialismo ha sido deconstruido teóricamente, entonces ha sido desplazado políticamente* [o socialmente, cabría agregar]” (1996f: 249; énfasis en el original).

Por el otro lado, tampoco se puede argumentar que exista una automática y directa “apropiación” o “rechazo” por parte de los grupos “dominantes” o “subalternizados” de los conocimientos expertos que “favorezcan” las condiciones de reproducción de su dominación o la confrontación de la misma respectivamente. Argumentar esto implicaría suponer no sólo la unidad de un preconstituido y monolítico sujeto político, sino también su carácter omnisapiente de las condiciones históricas y sociales sobre las que se fundamenta su dominación o sujeción. Como Judith Butler (1990, [1990] 1995) lo muestra para el caso del feminismo, Ernesto Laclau y Chantal Mouffe (op. cit.) para el de la clase, o Stuart Hall ([1989] 1996c, [1992] 1996e) para el de las nuevas etnicidades, las políticas de la identidad no significan la pre-existencia de un

---

12. Que la eficacia del poder demande una suerte de velamiento de sus mecanismos (Bourdieu, 1990: 87), no significa que la exposición (en sus connotaciones de poner al descubierto y de presentar ante) desde el conocimiento experto de dicho ejercicio de poder suponga un acto de emancipación o de empoderamiento de aquellos sobre los que se ejerce. La exposición por parte de los académicos de los mecanismos del ejercicio del poder no es condición suficiente ni necesaria para la articulación de los procesos de resistencia y emancipación, debido a que la constitución del sujeto político de las transformaciones responde más a procesos de hegemonía y subalternización que a un “descubrimiento” de dichos mecanismos. Los efectos de verdad de estos “descubrimientos” son más subsumidos a las disputas por la hegemonía que a un trascendente valor intrínseco. Argumentar que existe un necesario efecto emancipante del conocimiento experto responde a una narrativa modernista desde la cual los académicos se imaginan aún en un estatus epistemológico privilegiado desde el que se perfilan las imágenes de intelectual como déspota ilustrado o profeta.

unificado y onnisapiente sujeto político. Al contrario, el sujeto político (cualquiera sea éste: “mujer”, “proletario”, “comunidad negra”) es resultado de articulaciones que no están garantizadas por ninguna esencia biológica, por una locación social determinada o por una experiencia histórica trascendente. De ahí que, cuando específicas narrativas del conocimiento experto devienen en objeto de disputa, en argumento para posicionar/socavar ciertas agendas, no es un efecto directo ni necesario del contenido de dichas narrativas sino, antes bien, expresión de las específicas relaciones de fuerza; las cuales, por lo demás, no desaparecen o se consolidan simplemente por la presencia/ausencia de dichas narrativas<sup>13</sup>.

Más aún, suponiendo incluso que pudiera asumirse la pre-existencia del sujeto político monolítico y onnisapiente que articulara automática y directamente el conocimiento experto, cabe preguntarse, siguiendo en ello un conocido artículo de Gayatri Spivak ([1988] 1994), ¿si los subalternos pueden hablar? Como ella lo demuestra, la “violencia epistémica”, asociada al núcleo mismo del “conocimiento experto”, anula la posibilidad de una palabra del Otro, de los grupos subalternizados; a no ser aquélla que mediatizada por los propios expertos esté enmarcada y domesticada por su discurso que, en consecuencia, ya no es más un discurso desde lo Otro. En ese sentido, mientras que por definición los grupos dominantes hablan y el conocimiento experto constituye uno de sus idiomas privilegiados, los grupos subalternizados son hablados o, más problemático aún, son “domesticados” en estos tipos de lenguajes por los grupos dominantes que hablan a su nombre. En este sentido, para Spivak la violencia epistémica constituye una suerte de prosa de la contrainsurgencia<sup>14</sup>.

El concepto de “prosa de la contrainsurgencia” remite al nombre de Ranajit Guha. Por “prosa de la contrainsurgencia”, Guha ([1983] 1994) se refiere a cierto tipo de discursos<sup>15</sup> que atribuyen los actos insurgentes de los grupos subal-

13. La pregunta de fondo, que escapa a los propósitos de este ensayo, refiere a las relaciones entre una ontología histórica (en tanto la localizada y no-esencial co-producción del *ser*, ver Deleuze, 1988), la *política* (como práctica articuladora constituyente de posiciones de sujetos y de subjetividades, Laclau, 1985), y el *conocimiento* (en tanto componente y expresión de la construcción de lo real, de lo pensable, de lo deseable).

14. Así, la relación entre conocimiento experto y resistencia es menos instrumental de lo que se ha supuesto porque las relaciones de dominación no se encuentran en el afuera del conocimiento experto, sino que son constituyentes del mismo. Esto, sin embargo, no significa que las resistencias a los entramados de dominación y sujeción deban constituirse en un afuera del conocimiento experto, sino que las luchas de resistencia deben pasar también por la confrontación no solo de los contenidos, sino también de las modalidades e implícitos constituyentes del conocimiento experto.

15. En la literatura histórica de las rebeliones campesinas en la India, Guha distingue tres tipos de discursos que “[...] pueden ser descritos como *primarios*, *secundarios* y *terciarios* de acuerdo con su aparición en tiempo y su afiliación. Cada uno de ellos es diferenciado de los otros dos por el grado de su formal o reconocida (en tanto opuesta a real o tácita) identificación con un punto de vista oficial, por la medida de su distancia del evento referido y por la manera en que se distribuyen e integran los diferentes elementos en esta narrativa” ([1983] 1994: 337).

ternos a causas externas a su conciencia como una suerte de instintiva acción refleja, vaciando de esta forma la posibilidad misma de su “agentividad”. Luego, si la prosa de la contrainsurgencia es constituida por aquellos discursos que reproducen el punto de vista oficial mediante categorías de análisis que sólo permiten describir las insurgencias como acciones desordenadas, espontáneas, debidas a pasiones irracionales de hordas a veces manipuladas por un pequeño grupo e intereses ajenos a las mismas; en cambio, para los propósitos de este artículo, uno puede decir que la prosa de la insurgencia correspondería a aquellos discursos que problematizan dicho “punto de vista oficial”, mediante nociones que sacan a la luz la agentividad y la lógica de la resistencia en las acciones de los grupos subalternos.

Ahora bien, ¿se podría plantear que los enfoques constructivistas de la etnicidad son una suerte de prosa de la contrainsurgencia? En contraste, ¿podría decirse que aquellos análisis que presentan el esencialismo de las narrativas étnicas de forma literal o como un “esencialismo estratégico” configuran el punto de vista de los subalternos y, en consecuencia, una especie de “prosa de la insurgencia”? Mi respuesta sería no sólo una negación para ambas preguntas, sino que habría que plantearse incluso hasta dónde se presentaría una paradójica contrainsurgente prosa de la insurgencia.

No, como respuesta de la primera pregunta, porque tal como ha sido definida una posición constructivista no necesariamente lleva a la negación de la visualización de las agentividades y resistencias propias de las políticas de la etnicidad. Al contrario, las agentividades y resistencias devienen en un importante objeto mismo del análisis, sin tomarlas por sentado como algunos enfoques no constructivistas corren el riesgo de hacerlo. Las problematiza en el sentido de mostrar su historicidad, su no emanancia de un sujeto trascendental, su no necesidad en cuanto a una naturaleza humana o a una indispensable correspondencia entre aspectos o planos de la vida social. También, una respuesta negativa para la segunda pregunta porque, como Spivak (1988, 1994) nos recuerda, hablar a nombre de los subalternos es mucho más complejo de lo que quienes esgrimen hacerlo parecen suponer. Representar a los subalternos, en la doble acepción del concepto, como hablar *de* y hablar *por* es imposible desde la violencia epistémica propia del discurso experto. No se puede representar a los subalternos sin la implosión del discurso experto (Beverley, 1999). Por eso, aquellos académicos o activistas que, sin cuestionar los formatos mismos del discurso experto, imaginan hablar a nombre de y desde el lugar de, desconociendo así la radical disyuntiva indicada por Spivak. Además, al suponer las narrativas esencialistas (ya sea como esencialismo estratégico o no) se corre el riesgo de visualizar agencias y resistencias donde no hay tales o, peor aun, atribuir



agencias y resistencias a acciones que constituyen anudamientos de desempoderamientos y consolidación de modalidades de relaciones de dominación.

Paradójicamente, dicho riesgo constituiría el contrainsurgente lado de este tipo de prosa de la insurgencia. Es acá precisamente donde se anclan las más profundas relaciones entre el conocimiento experto y las relaciones de poder. Para Foucault el conocimiento experto, o mejor el saber, constituye ámbitos de visibilidad y decibilidad en los cuales emergen “problematizaciones” específicas (Deleuze, op. cit.). Estas problematizaciones permiten los anudamientos desde los cuales se establecen las prácticas de gubernamentalización propias de la sociedad de normalización donde las “poblaciones” son objeto de una biopolítica, mientras los “cuerpos” son blanco de una micropolítica individualizante (Foucault, 1983, [1984] 1989). Entonces, al representar desde el saber a los subalternizados, se inscriben órdenes de visibilidades y decibilidades que permiten la estatalización de aspectos, relaciones y prácticas que se habían mantenido en cuanto tales fuera del creciente efecto colonizador y reificador de las tecnologías de normalización y prácticas de gubernamentalización del Estado moderno (Foucault, 1990: 308-310).

En cuanto al conocimiento experto se refiere, no hay un afuera de los regímenes de poder/saber desde el cual una pura resistencia de los grupos subalternizados pueda esgrimirse. De ahí, que aquella prosa de la insurgencia que, aunque articulada desde el discurso experto, se imagina a sí misma como el punto de vista de los subalternizados, no puede dejar de producir un efecto contrainsurgente por su propia mediación. Es precisamente esta paradoja la que lleva a Dipesh Chakrabarty (2000) a argumentar que los “pasados subalternos” escapan a la labor de los historiadores, incluso de aquéllos del grupo de estudios subalternos, precisamente porque la constitución de los mismos supone temporalidades y entramados de relaciones que contradicen los propios supuestos y de la *doxa* (a la Bourdieu) sobre la que se edifica la historia como disciplina del conocimiento experto.

## Conclusiones

En el epílogo de su libro, Peter Wade, indicaba cómo en el surgimiento de comunidad imaginada de la gente negra asociada al modelo étnico “*está por verse si puede mantenerse este delicado equilibrio entre lo abierto y lo exclusivo, si es posible progresar sin empujar hacia una etnicidad cada vez más exclusivista*” (1997: 416). En la literatura académica sobre el tema, existe un virtual consenso en considerar que el momento de articulación de la etnicidad de comunidad

negra entre mediados de los ochenta y primera mitad de los noventa ha constituido uno de los más cruciales anudamientos de las políticas de la identidad negra, debido a la inusitada consolidación organizativa y a la interpelación generada en una parte significativa de la gente negra en la región del Pacífico y, con menor intensidad, en otras partes de Colombia (c.f. Mosquera, Pardo y Hoffmann, 2002; Pardo, 2001; Wade, 2002a). No obstante, a casi dos décadas de iniciado este anudamiento, lo que antes fueron voces aisladas y preguntas al margen se ha ido consolidando como una preocupación nodal por el cerramiento de esta modalidad de etnicidad de comunidad negra. En este sentido, Fernando Urrea y Teodora Hurtado argumentaban que: “[...] *para la mayor parte de las poblaciones negras colombianas ya integradas a dinámicas urbanas [...] una construcción identitaria étnica sobre el supuesto de una comunidad ancestral es demasiado ajena. Las nuevas etnicidades y sus contenidos pasan por las condiciones de vida y los procesos de individuación/subjetivación urbanos*” (2002: 197). De ahí, que como lo indica Odile Hoffmann en un artículo sobre conflictos territoriales y territorialidad de comunidades negras: “[...] *la ciudad es ahora el caldo de cultivo de la nueva etnicidad negra. Sin justificación territorial, la comunidad negra urbana debe inventar sus propias pautas, fuera de los esquemas elaborados por las organizaciones étnico-territoriales.*” (2002: 364). La “ciudadanía étnica” que apela a lo cultural y lo político se perfila entonces como una alternativa a ser explorada y como el crisol desde el cual emergerán las “identidades negras del mañana” (Hoffmann 2002: 366). Por su parte, en un artículo que se detiene a analizar las recientes dinámicas del movimiento negro en Colombia, Mauricio Pardo (2002) sugiere que el “estilo organizativo” encarnado en un “modelo federativo” a partir de organizaciones territoriales locales, desde el cual se articularon reclamos territoriales apuntalados “*en imágenes de una cultura ambiental sostenible vernácula*” (2002:74), se ha extendido a otras áreas del Pacífico colombiano socavando otros estilos organizativos constituidos después de la Ley 70 como los Palenques que, aunque también federativos, apelan no sólo a organizaciones étnico territoriales, sino también a otras que esgrimen el discurso étnico pero anclado a lo “cultural”, “ambiental”, gremial, etc.

Sobre lo que los autores citados llaman la atención es lo que denominaría un “cerramiento” conceptual y político de la etnicidad. Esto es una suerte de obturación de unos modelos analíticos y de las narrativas y estrategias organizativas en torno a una modalidad específica de etnicidad: aquélla históricamente encarnada en la Acia. No se puede desconocer la inmensa apertura conceptual y política en su momento producida por esta modalidad de etnicidad (Pardo, 2002; Villa, 2001). La titulación de cientos de miles de hectáreas por todo la región del Pacífico, la eclosión de organizaciones étnico-territoriales tapizando casi cada río y estero y la constitución de un sujeto político y de

identidad hasta entonces inexistente, son algunos de sus más evidentes logros. No obstante, a casi dos décadas de su gestación y en mucho debido al entramado institucional que la ha sedimentado, significa un paulatino cerramiento conceptual y político al obturar otras modalidades de etnicidad que no pasen por esta ruralización, pacificalización, exotización y comunalización (Wade, 2002b).

Como lo planteaba Judith Butler, “si las identidades no son ya más las osificadas premisas de un silogismo político, la política no puede ser entendida como una serie de prácticas derivadas de un interés que se esgrime pertenece a predeterminados sujetos” (1990: 149). Por ello, antes que recurrir a un “esencialismo estratégico” (a la Spivak) como alternativa al esencialismo reificante, se hace más sugerente imaginar nuevas políticas de las etnicidades (en plural), desvinculadas de un sujeto étnico predeterminado y trascendental. Para que estas “nuevas etnicidades” sean posibles, para desatar cualquier intento de silogismo político fundamentalista, se requieren reconceptualizar las nociones de etnicidad y de políticas de la identidad. En este sentido, los posibles aportes de los enfoques constructivistas radicarían en desanudar conceptualmente los fundamentalismos étnicos como momentos necesarios de apertura teórica y política a la visualización de novedosas etnicidades, que potencien las intervenciones desde grupos subalternizados en la subversión de las relaciones de explotación, dominación y sujetación.

Para el caso colombiano, el silogismo político de la etnicidad de las gentes negras ha sido constituido desde una comunidad negra rural de las áreas ribereñas de la región del Pacífico asociada con prácticas tradicionales de producción a las que corresponden unas formas de territorialidad y autoridad tradicional. No obstante, bajo las actuales condiciones, se hace indispensable desatar este silogismo para imaginar alternativas a lo que pudiera parecer un cerramiento por agotamiento, no sólo de las narrativas étnicas de las organizaciones sino también de los enfoques conceptuales de la etnicidad desplegados por los académicos. Se requiere, entonces, que activistas y académicos imaginen novedosas articulaciones de las etnicidades negras: unas que pasen por las experiencias urbanas, por otras formas de visualizar lo rural, de visualizar el Pacífico, por redefinir las historias, memorias y tradiciones. Etnicidades que politicen prácticas, locaciones y experiencias sociales en aras de precipitar identidades que permitan la confrontación de las disímiles modalidades de poder que pasan por cuerpos y subjetividades.

## Referencias citadas

- Alonso, Ana María. 1994. "The politics of space, time and substance: state formation, nationalism, and ethnicity". *Annual Review of Anthropology* 23: 379-405.
- Anderson, Benedict. [1983]1991. *Imagined communities*. London: Verso.
- Arocha, Jaime. 1999. *Obligados de Ananse. Hilos ancestrales y modernos en el Pacífico colombiano*. Bogotá: CES.
- Balibar, Etienne y Emmanuel Wallerstein. [1988]1991. *Race, Nation, Class: Ambiguous Identities*. London: Verso.
- Banks, Marcus. 1996. *Ethnicity: Anthropological constructions*. London and New York: Routledge.
- Banton, Michael. 1983. *Racial and Ethnic Competition*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Barth, Frederik. 1969. "Introduction". En: Frederik Barth (ed.). *Ethnic Groups and Boundaries: The Social Organization of Cultural Difference*. Berkeley-London: Universitets Forlaget-George Allen and Unwin. pp.
- Beverley, John. 1999. *Subalternity and representation. Arguments in Cultural Theory*. Durham: Duke University Press.
- Bourdieu, Pierre. 1990. *Sociología y cultura*. México: Grijalbo.
- Bhabha, Homi. 1994. *The Location of Culture*. New York-London: Routledge.
- Briones, Claudia. 1998. *La alteridad del "cuarto mundo". Una deconstrucción antropológica de la diferencia*. Buenos Aires: Ediciones del Sol.
- Butler, Judith. 1990. *Gender Trouble*. London: Routledge.
- Butler, Judith. [1990]1995. "Contingent Foundations: Feminism and the question of 'postmodernism'". En: Seyla Benhabib et al. *Feminist Contentions: A philosophical Exchange*. New York : Routledge. pp. 35-58.
- Chakrabarty, Dipesh. 2000. *Provincializing Europe. Postcolonial Thought and Historical Difference*. Princeton: Princeton University Press.
- Chatterjee, Partha. 1997. *Our Modernity*. Dakar-Rotterdam: Codesria-Sephis.

- Cohen, Abner [1969]1996. "Ethnicity and Politics". En: John Hutchinson y Anthony D. Smith (comp.). *Ethnicity*. Oxford Readers. Oxford: Oxford University Press.
- Comaroff, John. 1996. "Ethnicity, Nationalism, and the Politics of Difference in an Age of Revolution". En: Edwin Wilmsen y Patric McAllister (eds.). *The politics of Difference. Ethnic Premises in a World of Power*. Chicago: University of Chicago Press. pp. 192-184.
- Deleuze, Gilles. 1988. *Foucault*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Dirks, Nicholas B., Geoff Eley y Sherry B. Ortner. (eds.) 1994. *Culture/Power/History: a Reader in Contemporary Social Theory*. Princeton: Princeton University Press.
- Escobar, Arturo. 1999. *El Final del salvaje. Naturaleza, cultura y política en la antropología contemporánea*. Bogotá: Ican-Cerec.
- Foucault, Michel. [1976]1996. *La verdad y las formas jurídicas*. Barcelona: Gedisa.
- Foucault, Michel. 1983. "The subject and power. Afterword". En: Hubert L. Dreyfus and Paul Rabinow. *Michel Foucault. Beyond Structuralism and Hermeneutics*. Second edition. Chicago: University of Chicago Press. pp.
- Foucault, Michel. [1984]1989. "The concern for truth". En: *Foucault Live*. New York: Semiotext(e).
- Foucault, Michel. 1990. *La vida de los hombres infames*. Madrid: Ediciones la Piqueta.
- Foucault, Michel. 1992. *Microfísica del poder*. Madrid: Ediciones la Piqueta.
- Friedemann, Nina S. de. 1997. "Diálogos Atlánticos: Experiencias de investigación y reflexiones teóricas". *América Negra* 14: 169-178.
- Gilroy, Paul. 2000. *Against Race: Imagining Political Culture beyond the Color Line*. Cambridge: The Belknap Press of the Harvard University Press.
- Grossberg, Lawrence. 1997. *Bringing it Back Home. Essays on Cultural Studies*. Durham: Duke University Press.
- Guha, Ranajit. [1983]1994. "The prose of counter-insurgency". En: Nicholas Dirks B., Geoff Eley, y Sherry B. Ortner. (eds.) 1994. *Culture/Power/History: a Reader in Contemporary Social Theory*. Princeton: Princeton

- University Press. pp. 336-371.
- Hall, Stuart. 1985. "Signification, Representation, Ideology: Althusser and the Post-Structuralist Debates". *Critical Studies in Mass Communication* 2: 91-114.
- Hall, Stuart. 1996a. "Introduction: Who needs 'identity'?". En: Stuart Hall and Paul Du Gay (ed.). *Questions of Cultural Identity*. London: Sage Publications. pp. 1-17.
- Hall, Stuart. [1986]1996b. "On postmodernism and articulation. An interview with Stuart Hall. Edited by Lawrence Grossberg". En: David Morley and Kuan-Hsing Chen (eds.). *Stuart Hall. Critical Dialogues in Cultural Studies*. London-New York: Routledge. pp. 131-150.
- Hall, Stuart. [1989]1996c. "New ethnicities". En: David Morley and Kuan-Hsing Chen (eds.). *Stuart Hall. Critical Dialogues in Cultural Studies*. London-New York: Routledge. pp. 441-449.
- Hall, Stuart. [1986]1996d. "Gramsci's relevance for the study of race and ethnicity". En: David Morley and Kuan-Hsing Chen (eds.). *Stuart Hall. Critical Dialogues in Cultural Studies*. London-New York: Routledge. pp. 411-440.
- Hall, Stuart. [1992]1996e. "What is 'black' in black popular culture". En: David Morley and Kuan-Hsing Chen (eds.), *Stuart Hall. Critical Dialogues in Cultural Studies*. London-New York: Routledge. pp. 465-475.
- Hall, Stuart. 1996f. "When was 'The post-colonial'? Thinking at the limit". En: Iain Chambers and Lidia Curti (eds.). *The Post-colonial Question*. London-New York: Routledge. pp: 242-260.
- Haraway, Donna. 1988. "Situated Knowledges: The Science Question in Feminism and the Privilege of Partial Perspective". *Feminist Studies* 14(3): 575-599.
- Hobsbawm, Eric. 1983. "The Invention of tradition". En: Eric Hobsbawm y Terence Ranger (eds.). *The Invention of Tradition*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Hoffmann, Odile. 2002. "Conflictos territoriales y territorialidad negra: el caso de las comunidades afrocolombianas". En: Claudia Mosquera, Mauricio Pardo y Odile Hoffmann (eds.). *Afrodescendientes en las Américas: trayectorias sociales e identitarias*. Bogotá: Universidad Nacional-ICANH-IRD-ILSA. pp. 351-368.

- Hoffmann, Odile. 2000. "La movilización identitaria y el recurso de la memoria (Nariño, Pacífico colombiano)". En: Cristobal Gnecco y Marta Zambrano (eds.). *Memorias hegemónicas, memorias disidentes*. Bogotá: ICANH-Universidad del Cauca. pp. 97-120.
- Khittel, Stefan R.F. 2001. "Usos de la Historia y la Historiografía por Parte de las ONG y OB de las Comunidades Negras del Chocó". En: Mauricio Pardo (ed.), *Acción colectiva, Estado y etnicidad en el Pacífico colombiano*. Bogotá: ICANH-Colciencias. pp. 71-94.
- Laclau, Ernesto. 1985. "Tesis acerca de la forma hegemónica de la política". En: Julio del Campo (ed.). *Hegemonía y alternativas políticas en América Latina*. México: Siglo XXI. pp. 19-44.
- Laclau, Ernesto y Chatal Mouffe. [1985]2001. *Hegemony and Socialist Strategy. Towards a Radical Democratic Politics*. London: Verso.
- Latour, Bruno. 1999. *Pandora's Hope: Essays on the Reality of Science Studies*. Cambridge: Harvard University Press.
- Mato, Daniel. 1996. "On the Theory, Epistemology and Politics of the Social Construction of 'Cultural Identities' in the Age of Globalization: Introductory Remarks to Ongoing Debates". *Identities* 3(1-2): 61-72.
- Maya, Adriana. 1998. "Demografía histórica de la trata por Cartagena 1533-1810". En: Adriana Maya (ed.). *Los afrocolombianos. Geografía humana de Colombia* Tomo VI. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura Hispánica. pp. 9-52.
- Mignolo, Walter. 2001. "Introducción". En: Walter Mignolo (comp.). *Capitalismo y geopolítica del conocimiento. El eurocentrismo y la filosofía de la liberación en el debate contemporáneo*. Buenos Aires: Ediciones del Signo-Duke University.
- Mitchell, Timothy. 2000. "The Stage of Modernity" En: Timothy Mitchell (ed.). *Questions of Modernity*. Minneapolis: Minnesota. pp. 1-34.
- Morley, David y Kuan-Hsing Chen (eds.). 1996. *Stuart Hall. Critical Dialogues in Cultural Studies*. London-New York: Routledge.
- Mosquera, Claudia, Mauricio Pardo y Odile Hoffmann (eds.). 2002. *Afrodescendientes en las Américas: trayectorias*

*sociales e identitarias*. Bogotá: Universidad Nacional-ICANH-IRD-ILSA.

- Norval, Aletta. 1996. "Thinking identities: Against a Theory of Ethnicity". En: Edwin Wilmsen y Patric McAllister (eds.). *The Politics of Difference. Ethnic Premises in a World of Power*. Chicago: University of Chicago Press. pp. 59-70.
- Oslender, Ulrich. 2001. *Black Communities on the Colombian Pacific Coast and the 'Aquatic Space': A Spatial Approach to Social Movement Theory*. Glasgow: Doctoral Thesis in Geography, University of Glasgow.
- Pardo, Mauricio (ed.). 2001. *Acción colectiva, Estado y etnicidad en el Pacífico colombiano*. Bogotá: Colciencias-Icanh.
- Pardo, Mauricio. (2002). "Entre la autonomía y la institucionalización: Dilemas del movimiento negro colombiano". *Journal of Latin American Anthropology* 7(2): 60-85.
- Poole, Deborah. 1997. *Vision, race, and modernity. A Visual Economy of the Andean Image World*. New Jersey: Princeton University Press.
- Quijano, Aníbal. 2000. "Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina". En: Edgardo Lander (ed.). *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. Buenos Aires: Clacso. pp. 201-245.
- Restrepo, Eduardo. 2002. "Etnicidad sin garantías: Contribuciones de Stuart Hall a los estudios de la etnicidad". Inédito.
- Said, Edward. 1978. *Orientalism*. New York: Vintage Books.
- Spivak, Gayatri Chakravorty. 1988. "Subaltern Studies: Deconstructing Historiography". En: *In other words: Essays in Cultural Politics*. New York: Routledge. pp. 197-221.
- Spivak, Gayatri Chakravorty. [1988]1994. "Can the Subaltern Speak?". En: Patrick Williams y Laura Chisman (eds.). *Colonial Discourse and Post-colonial Theory. A Reader*. New York: Columbia University Press. pp. 66-111.
- Stoler, Ann Laura. 1995. *Race and the Education of Desire. Foucault's History of Sexuality and the Colonial Order of*



- Things*. Durham: Duke.
- Urrea, Fernando y Teodora Hurtado. 2002. "La construcción de las etnicidades en la sociedad colombiana contemporánea: un caso ejemplar para la discusión sobre etnicidad y grupos raciales". En: Norma Fuller (ed.). *Interculturalidad y política. Desafíos y posibilidades*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú / Universidad del Pacífico / Instituto de Estudios Peruanos (IEP) / Red para el Desarrollo de las Ciencias Sociales en el Perú. pp. 165-199.
- Vermeulen, Hans y Cora Govers. 1997. "From Political Mobilization to the Politics of Consciousness". En: Cora Govers and Hans Vermeulen (eds.). *The Politics of Ethnic Consciousness*. New York: St. Martin's Press. pp. 1-30.
- Villa, William. 2001. "La sociedad negra del Chocó: identidad y movimientos sociales". En: Mauricio Pardo (ed.). *Acción colectiva, Estado y etnicidad en el Pacífico colombiano*. Bogotá: Colciencias / Icanh.
- Wade, Peter. 1997. *Gente negra, nación mestiza. Dinámicas de las identidades raciales en Colombia*. Bogotá: Ediciones Uniandes / Universidad de Antioquia / ICAN.
- Wade, Peter. 1999. "Trabajando con la cultura: grupos de rap e identidad negra en Cali". En: Juana Camacho y Eduardo Restrepo (eds.). *De montes, ríos y ciudades: Territorios e identidades de la gente negra en Colombia*. Bogotá: Natura-Ecofondo-Ican. pp. 263-286.
- Wade, Peter (ed.). 2002. "Introduction: The Colombian Pacific in perspective". En: Peter Wade (ed.). *Black identity and social movements in Latin America: Colombian Pacific Region. The Journal of Latin American Anthropology* 7(2): 2-33.
- Wouters, Mieke. 2001. "Derechos étnicos bajo fuego: El movimiento campesino negro frente a la presión de grupos armados en el Chocó". En: Mauricio Pardo (ed.). *Acción colectiva, Estado y etnicidad en el Pacífico colombiano*. Bogotá. ICANH - Colciencias. pp. 259-285.
- Yeros, Paris. 1999. "Towards a Normative Theory of Ethnicity: Reflections on the Politics of Constructivism". En: Paris Yeros (ed.). *Ethnicity and Nationalism in Africa. Constructivist Reflections and Contemporary Politics*. New York: St. Martin's Press. pp. 101-131.